



AÑO III

←BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1884→

NÚM. 113

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL FANTASMA ROJO, por doña Carolina Coronado.—GAYARRE EN PARÍS.—REMEDIOS: por don Angel R. Chaves.—EL HOMBRE VERDE (conclusion), por don F. Moreno Godino.—NOTAS DE MI VIAJE (conclusion), por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser.—ALEJANDRO DUMAS (padre).—ALEJANDRO DUMAS (hijo).—SILLA DE LA CORONACION, ESPADA Y ESCUDO DE EDUARDO III EN LA ABADIA DE WESTMINSTER.—RUINAS DE LA ABADIA DE WHITBY.—UN SOLDADO PER DIO... cuadro por Heraklo Friedrich.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: MUJERES ROMANAS.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¿En qué consiste que las fiestas, siendo constantemente las mismas, parezcan á los hombres completamente diversas? ¿En qué consiste que sucediéndose unas á otras con periódica monotonía y coincidiendo con los mismos días y horas, ya les parece á unos que tardan en llegar, ya imaginan otros que atropelladamente todas concurren y se juntan?... Es que en ellas cada uno pone el estado de su alma, ya las alegrías de la juventud, ya los desengaños de la vejez.

El carnaval se acerca; Cuasimodo ha salido de su tumba y agita en su diestra el tirso erizado de cascabeles, frutos dorados, dentro de cuya cáscara resonante tiene su domicilio la alegría.

La careta con su sonrisa de carton, con sus ojos vacíos, invita á nuestra cara á cubrirse y á disfrazar á su amparo la voz y los sentimientos.

El dominó, hábito del júbilo, cogulla de la risa, hoga de la razon humana, sale del armario, desarruga sus pliegues de seda, y colgado de los brazos inmóviles de un maniquí, aguarda al hombre como diciéndole:

—Yo soy la túnica de Nesso; si una vez dejas que mis paños flotantes toquen tu cuerpo, sentirás en él los besos de las pasiones. El dios del amor me solicita para que encubra sus audacias. Debajo de mi misteriosa envoltura se han escondido corazas de héroes que iban á una zambra á buscar la venganza, y delicados cuerpos femeninos en cuya cintura se enroscaba la serpiente de la voluptuosidad.

Detrás de la careta parece hervir la risa; los ojos abiertos en el carton son como troneras por las cuales nos acecha una caterva de diablillos juguetones, que esgrimen pequeñas lanzas, agudas como agujas, envenenadas las puntas en el dulce veneno de la embriaguez.

Las caretas pueden ser el asunto de un estudio social; porque á fuerza de querer disfrazar á quien las lleva, muestran el fondo de su alma. Ved el antifaz de raso, ved su brevedad y su brillo, ved cómo se posa sobre un rostro hechicero, como una mariposa negra sobre una magnolia. Oculta y enseña; es un pretexto para que la imaginación reconstruya con lo que se ve lo que no se ve... Advertid cómo el antifaz deja al descubierto los ojos, que son el arma del combate, los labios, señuelo del beso.

El dominó tiene su leyenda de amor y de odio. Sobre el césped de un jardín, inmediato al palacio de mármol, por cuyos rasgados balcones salen torrentes de luz y olas de armonía, el dominó, doblado, y abandonado sobre un banco, habla de un duelo que allí cerca debe estarse efectuando, y mientras una bella dama, asomada á una ventana, con rostro que palidece tras el carmin y los afeites del disfraz, presta atencion á los rumores de la noche, al vibrar de los aceros que lejos, muy lejos suenan... la luna, levantándose grandiosa y ensangrentada, parece una hostia con que ha comulgado el amor de todos los hombres y que han ensangrentado sus odios... Hé aquí que vuelven los duelistas y mientras allá abajo, en un bosquecillo de bojales, queda tendido el cadáver de Pierrot, vuelve el dominó á cubrir unos brazos que tiemblan con los estremecimientos de la ira... y los sobrevivientes del lance vuelven al palacio, sin que el crimen que han cometido desluzca el brillo de las cornucopias erizadas de labor churriguera, y de velas que se queman como un perfume.

¡Ah!... los modernos han acabado con estas febriles alegrías, con estas violentas pasiones; han quitado al amor lo que tenía de poético y de medroso, sus besos á la luz de la luna, sus duelos en los bosquecillos de bojales...

* *

El discurso del Sr. Cánovas del Castillo en el Ateneo de Madrid ha sido y es campo donde se levantan amigos y adversos comentarios como flores de distintos matices en campo fecundo. ¡Felices nosotros que podemos prescindir de pasiones políticas que nunca han mordido nuestro corazón ni enturbiado nuestro cerebro, y hoy nos es dable examinar el discurso del Presidente del Ateneo sin ver en sus líneas las huellas que ha dejado en la obra la mano del Presidente de Ministros! ¡Venturoso palenque este de la *Ilustración Artística* donde contienden todas las ideas y lizan todos los mantenedores con tal de que traigan en su escudo por leyenda, el ingenio ó la ciencia! Porque esta anchurosa condicion de las columnas en que escribo, me deja elogiar sin tasa ni medida el discurso del Sr. Cánovas, historia del Ateneo, y galería biográfica de sus hombres ilustres.

El Rey, presentándose en el Ateneo como «un socio más», dejando á la puerta las aparatosas solemnidades de

la monarquía para ser uno de tantos soldados en aquel ejército de pensadores y artistas, constituye una página de la Historia de España que no la escribirá, no, el cronista con la misma tinta con que describió el motin de Aranjuez y la fundacion de la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Paz... Trabajo... Estos son los dos remeros que empujan hoy á España... Si guía el genio la caña del timon... ¿no ha de ser feliz la arribada?

* *

La terrible pero necesaria contribucion de la sangre ha pedido á 45,000 madres sus hijos. Los cantares de despedida de estos nuevos soldados alegran y entristecen al mismo tiempo las calles de todos los lugares de España.

Siempre será popular la campaña contra las quintas. En vano razonará el estadista la necesidad de los ejércitos permanentes, en vano explicará el necesario ministerio de las armas: cuando haya agotado sus argumentos, de la última fila de revolucionarios saldrá un grito de «Abajo las quintas!» y con él votarán los corazones de todas las madres.

En las canciones del quinto que se despide de su pueblo, hay más esto poético que en centenares de tomos de académicas poesías. Esta poesía que anda por las calles, que acompaña á la interjeccion y al grito de guerra, que estalla sobre las cabezas de las multitudes alegionadas por el ansia de independencia, que suspira en la reja, que llora en el calabozo, ya se llame jota, malagueña, seguidilla ó zortico, es algo que no cabe en las estrechas reglas de la retórica, algo como un licor hirviente y espumoso que se escapa del vaso que lo encierra, y se derrama fuera del recinto trazado por la crítica sábia, fuera de los moldes creados para todos los metros de la poética, fuera del mismo idioma si no encuentra en él la frase que se acomode con la idea.

* *

Esto me trae como de la mano á dar cuenta del notable desarrollo que van adquiriendo las sociedades del *Folk Lore* español. Su objeto es reunir las canciones y dichos populares, los rasgos de ingenio y frases felices de ese autor inédito llamado pueblo que imprime sus obras, no en páginas tipográficas, sino en la conciencia nacional.

El pueblo, á pesar del genio que palpita en sus leyendas, del candor primaveral de sus cuentos infantiles, de la honda ternura de sus endechas de amor, del instinto dramático de sus romances y epopeyas de ciego, se encuentra en España hasta ahora en la misma situacion que el bisoño poeta que llega de provincias con un sombrero viejo en la cabeza y una resma de poemas en la sombrerera, que inútilmente llama á las puertas de todos los editores pidiéndoles por Dios que le hagan célebre.

El *Folk Lore* español se ha decidido á ser el editor del pueblo. No ha habido nunca autor que dé por menos dinero obras que valgan más.

* *

Además de varias obras de poca importancia estrenadas en los teatros de Madrid, ha habido dos estrenos interesantes bajo el punto de vista literario: el del drama del Sr. Pleguezuelo «¿Mártires ó Delincuentes?» en la Zarzuela y el casi-proverbio de Echegaray «Piensa mal y acertarás?» en el Español.

Un éxito muy brillante saludó con aplausos la obra del Sr. Pleguezuelo, que aparece ya como autor dramático de primera fuerza, y sin embargo, á la tercera noche el empresario tuvo que retirarla del cartel porque el público no acudía á llenar las localidades. ¿En-qué consiste esto?... Ganas me dan de traer á cuento y copiar entre comillas el prólogo aquel memorable que Goethe escribió á la cabeza de su genial poema. Ahora como en aquella página el empresario le pide al poeta algo que atraiga á las muchedumbres, algo que anime la desierta sala, grandiosas inspiraciones que sorprendan por su novedad.

La dramática española parece encerrada en dos círculos: en uno, formado con las ruinas de la literatura clásica, manotean y accionan los personajes de los dramas góticos, los galanes embutidos en corazas, las damas engolladas, con sus dueñas y pajes alrededor; en otro gritan y blasfeman los personajes del neo-romanticismo. O el drama sembrado de descripciones de batallas con el indispensable sacrificio del escudero que hace una empresa heroica, ó el drama del adulterio lleno de protestas contra la ley que no permite que los matrimonios se deshagan como quien deshace un barquillo. Unase á esto la falta de buenas compañías dramáticas y se explicará el alejamiento del público.

La obra de Echegaray es un milagro que consiste en hacer una comedia sin actores. En los teatros-cafés, un exiguo escenario y un personal aún más exiguo obligan á los directores de escena á suprimir personajes en los dramas que tienen muchos. Esto ha tenido que hacer Echegaray. Dentro de poco el dramaturgo escribirá en el reparto de sus obras:

«Don Nuño.—Primer galan... si lo hay.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser

Llámense Tenorios ó Maranas, peticiones ó pisaverdes, calaveras ó enamorados, pollos ó gomosos, el caso es que en todos tiempos y en todas partes ha habido, hay y habrá tentadores de la honestidad de las doncellas, que no respetan ni aún los sitios más sagrados. Hasta á la puerta del templo, en el momento en que la piadosa jóven deposita su óbolo en el cepillo de los pobres, se acerca el tentador á ella, deslizándose en su oído almibaradas frases que hacen latir con fuerza su inexperto corazón. ¡Mucho cuidado, doncellas inocentes! Las insinuaciones de estos enamorados de profesion, que tan dulces y melódicas os parecen, suelen tener fatales consecuencias, aunque sólo sea porque el amor que leéis en sus ojos desaparece una vez satisfecho, dejando en su lugar la indiferencia y el olvido, cuando no la deshonra.

El distinguido artista augsburgués J. E. Gaiser se ha inspirado en este asunto para trazar el cuadro de que es copia nuestro grabado, el cual ha llamado la atencion por el vigor del colorido, la propiedad en los trajes y accesorios y la naturalidad y expresion de las figuras.

ALEJANDRO DUMAS (padre)

En el primer tercio de este siglo, llegaba á Paris un jóven de tez pronunciadamente cobriza, de cabello extremadamente rizado, de labios gruesos, nariz vulgar, ojos pequeños y penetrantes, cabeza ligera y bolsillo más ligero que la cabeza. Llevaba una carta de recomendacion nada menos que para un general, carta sobre la cual habia levantado en el aire ¿qué es un castillo?... un palacio completo. Desgraciadamente para nuestro jóven, el general (que le abrió magnánimamente sus brazos) no podia compartir con él ni un dinero de que carecia, ni un trabajo que desconocia por completo nuestro recién llegado.

Perdido el jóven en la inmensidad de Paris, fué sucesivamente amanuense de notario, aspirante á poeta, autor dramático silbado, cuanto se puede ser en una Babilonia como Paris, sin ser real y positivamente cosa alguna.

Transcurrieron luego nada menos que cincuenta años, y el jóven forastero habitó sucesivamente la capital de Francia como un príncipe indiano y como un amigo pegote; recorrió la Europa, unas veces como el orgulloso triunfador sus dominios, otras veces como el banquero la tierra de que se fuga; sentado en el trono de la opinion pública en unas ocasiones, y en otras ocasiones viviendo en la burguesía de un rey que ha abdicado voluntariamente; académico por derecho conquistado y fondista por inclinacion; su vida dió mucho que decir y su muerte dió más que lamentar.

Recientemente la villa de Paris le ha erigido una estatua.

Primero se la habian erigido los lectores de *Catalina Howart* y de los *Tres Mosqueteros*.

El jóven desconocido hace medio siglo, se llamó y se llamará en la historia de la literatura contemporánea: Alejandro Dumas (padre).

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Hereditario de un gran nombre, ya que no lo fué (debiéndolo haber sido) de una gran fortuna; moreno, no tanto como su padre; de ensortijado cabello, ancha la frente, penetrante al par de dulce la mirada, denotando firmeza el semblante, distincion el porte, superioridad el todo; un jóven escritor, confundido ayer entre la turba de superficiales folletistas parisienses, provoca en un momento dado una tempestad de aplausos; y mientras la crítica discute la conveniencia de su obra, el público devora sin tregua y en breve tiempo, treinta ó más ediciones de *la Dama de las Camelias*. Más dado á rebuscar en el fango dorado del *demi-monde* que en el amarillo polvo de los archivos, exhibe á los ojos atónitos de una generacion educada en la escuela romántica, toda una galería de *cocottes* sentimentales y de *entretenidas* sin corazón, é introduce en el *boudoir* de la honesta dama una sociedad que, tirando un día los encajes y el fraque con que cubre su repugnante desnudez, aparecerá, sin que el introductor haya podido sospecharlo, bajo la asquerosa forma de los héroes de Emilio Zola.

Blandió su padre la espada de Artañan; él maneja el escapelo de Orfila; gustaba aquél del hierro que choca, prefiere éste la seda que cruje; se hallaba aquél como en su casa en los salones del viejo Louvre y de las ostentosas Tullerías; éste gusta preferentemente de la visita de *la Opera* y del *Bosque*; y en lugar de inspirarse, como aquél, apurando una botella de *champagne* en la copa en que lo bebió Richelieu, estudia las costumbres de ciertas gentes, observando cómo el *champagne* se vierte encima de un costoso traje ó de una tupida alfombra, pisada por el diminuto pié de ciertas damas.

Ese jóven que, por desgracia suya ya no lo es, se llama Alejandro Dumas (hijo).

Silla de la coronacion, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

Cuando *Westminster-Abbey* no fuese digna de ser visitada como uno de los primeros monumentos arquitectónicos de Europa, aún á los ojos del historiador tiene un valor inapreciable por conservarse en ella los restos de muchos soberanos de Inglaterra y preciosos recuerdos de varios de ellos. Allí son de ver, por ejemplo, los objetos que representa nuestro grabado, pertenecientes á Eduardo III, fundador de la orden de la Jarretiera é introductor en su reino del utilísimo servicio de correos.

RUINAS DE LA ABADIA DE WHITBY

En las pintorescas costas inglesas del mar del Norte, allí donde el río Esk, deslizándose al través de los tranquilos valles poblados de bosque del condado de York, vierte sus aguas en el Océano, descuellan aún las ruinas de un soberbio monasterio fundado por la princesa Hilda á mediados del siglo VII, y destruido dos centurias despues por una invasion de los daneses, quedando sólo en pie la iglesia y la torre central, la cual subsistió hasta 1830, en cuyo año se derrumbó á su vez cayendo dentro del edificio. Hoy sólo existen el ábside y el coro con algunos lienzos de los muros laterales, los cuales bastan para dar una idea de la gallarda estructura del edificio, de estilo genuinamente inglés primitivo, severo, imponente, y adecuado para el objeto á que aquel se destinaba; siendo cosa de extrañar que los ingleses, tan cuidadosos en conservar los monumentos antiguos, no hayan tratado de evitar que la abadía de Whitby se fuera derrumbando piedra por piedra, á pesar de la fama que como obra de arte ha tenido en todos tiempos.

UN SOLDADO PERDIDO... cuadro por H. Friedrich

Los que dicen que nuestra España es el país de los mendigos, no han visitado, seguramente, la Italia. ¿Quereis la prueba? La tenéis á mano.

Ningun país exporta sino aquello que le sobra. Pues bien; pedid en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia mismo, un mendigo español, y si no os lo mistifican, os quedareis sin mendigo. En cambio, diríjlos al país de Europa que os plazca, España inclusive, y en todos hallareis al original de nuestro grabado, muchacho grandullon, aprendiz de gaita, poseedor de una cabeza semi-artística, que toca mal, baila peor y canta horriblemente; sin perjuicio de abusar de una manera intolerable del derecho de aburrir al prójimo ejercitando alternativamente su voz, sus piés ó su instrumento.

El autor de nuestro cuadro ha estado en él felicísimo: su mendigo es *inconfundible*: más que la reproduccion de un hombre, es la encarnacion de un tipo.

Cuando se quiere hacer el elogio de un retrato, se dice por lo comun:—está hablando...—Nuestro mendigo habla, baila, pide, sufre y goza á un tiempo mismo; y siempre es el transteverino, es decir, la hermosa estatua antigua, mutilada por el tiempo y cubierta por una costra de barro de la decadencia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUJERES ROMANAS

Si hubo un tiempo en que las mujeres romanas contribuyeron poderosamente al engrandecimiento de la señora del mundo; si Augusto debió gran parte de su celebridad á la prudencia de su esposa y los Gracos sus virtudes á la educacion que recibieron de su madre; otro tiempo vino en que, decaydas las antiguas costumbres, afeminado el Lacio, y el Capitolio á disposicion del más osado; las sucesoras de Lucrecia perdieron el honrado concepto del hogar, transcurrieron sus horas en ridículas distracciones, y dieron con su reputacion en las plazas y en las encrucijadas de los caminos, incitando al lascivo transeunte á caer en la tentacion de arrojar una moneda en la fuente metálica, donde se recogía el precio del pudor de las degeneradas matronas romanas.

Una de esas escenas de voluptuosa decadencia representa el cuadro que hoy reproducimos, notable no tan sólo bajo el concepto plástico, sino por el profundo estudio que revela de las costumbres que representa.

El pintor Luna, á quien se debe este lienzo, concebido con intencion y ejecutado con facilidad, ha perfeccionado en Roma sus estudios, pensionado por las Islas Filipinas; distincion que ha justificado, entre otras producciones de su talento, con la *Muerte de Cleopatra*, cuadro premiado con segunda medalla en la exposicion de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1881.

Luna es un pintor en toda la acepcion de la palabra. Su talento se manifiesta no en frias reproducciones de la naturaleza ó en reducciones de modelos más ó ménos artísticamente dispuestos. Sus asuntos revelan por sí solos el aliento del autor. Filipinas debe estar satisfecha de la proteccion que ha dispensado al artista; la posteridad justiciara apénas pronuncia el nombre de Horacio sin que asome á sus labios el de Mecenas.

EL FANTASMA ROJO

Á EMILIO CASTELAR

¿Lo oíste, Castelar? Dicen los magos
Que esas luces del cielo tan extrañas
Que se aparecen cual sangrientos lagos,
Son de un mundo que ha muerto las entrañas.

¿Lo sabe Campoamor? El que decia,
Antes que ese fantasma apareciera,
Que del astro ignorado que moria
Los átomos rodaban por la esfera.

¿Lo sabe el pueblo ya? Tú, que adivinas
Lo que escondido pasa en su conciencia,
Como del hondo cielo entre neblinas
Penetra del astrónomo la ciencia.

Tú, que vives por él, por él te afanas,
Por él combates y por él te humillas,
¿Sabes de aquellas luces sobrehumanas
Lo que piensan las gentes más sencillas?

¿Son el hambre? ¿La guerra? ¿El terremoto?
¿Fuego? ¿Diluvio? ¿El fin de nuestra tierra?
¿Cuál es ¡oh sabio! el porvenir ignoto
Que ese esplendente logogrifo encierra?

¿Es el gérmen tal vez de los amores
De la tierra feraz y el sol fecundo,
Que envuelto en esos vagos resplandores
Engendro habrá de ser de un nuevo mundo?

¿O será ese fantasma llama ardiente,
Que ha de caer sobre la raza impía
Para enseñar á la malvada gente
Lo que á Sodoma le enseñó aquel día?

¿O tal vez es vapor de sangre humana
Que en Europa y América vertida
Otro diluvio nos traerá mañana
Para lavar la tierra maldecida?

Tú lo debes saber; tú y los que niegan
Lo que el pueblo creyó, y hoy ya combate.
Tú y los que en mar sin límites navegan
De hirvientes olas entre el rudo embate.

Tú, y los que sondan la extension del cielo
Descubriendo en el sol hierro y ceniza;
Tú, y los que buscan con ansioso anhelo
La ciencia que los dogmas pulveriza.

¿No habeis pasado insólita velada
Sobre los libros de escritura roja,
Desde aquella de Adán tan comentada
Toda la historia eterna, hoja por hoja?

¿No bajasteis á egipcio mausoleo
Arrancando á las momias el sudario?
¿No pisasteis de Roma en el trofeo?
¿No cavasteis de Troya en el osario?

¿No tenéis por el aire en hebras miles
Y en las marinas ondas enroscados
Prodigiosos mecánicos reptiles
Que escriben vuestros signos acordados?

¿No tocáis con eléctrico resorte
En el antro infernal de los abismos,
Y desde el Sur hasta el confin del Norte
Llamais y os respondeis vosotros mismos?

¿No tenéis un cristal que lleva á Marte
La luz de vuestra mágica pupila,
Y espejos de metal, por cuyo arte
De la luna estampais la faz tranquila?

Pues hablad, responded, alzad los ojos;
Decid qué quiere esa vision extraña;
Si es risa celestial ó son enojos,
Cuál su destino es, quién la acompaña.

No vengais á turbar nuestras creencias
Si no sabeis lo que nos dice el cielo;
Si á entenderlo no alcanzan vuestras ciencias
Dejadnos en la fe, nuestro consuelo.

¿Quién sabe si en la inmensa contextura
De planetas y soles ignorados,
De creaciones y seres increados,
La ciencia no es la ciencia, es la locura?...

Tal vez penetre más en los arcanos
Del infinito el alma inmaculada,
Que el razonar de cálculos humanos
Para encontrar en la razon la nada.

O luz ó fe; ó dioses ó mortales;
O penetrad en la morada eterna
Y explicad sus misterios celestiales,
O dejad gobernar á quien gobierna.

¡Flammarion! Donde su ciencia acaba
Empiece vuestra fe; si es un castigo,
Lumbre, hielo, ceniza, piedra ó lava,
Al fantasma temed y orad conmigo!

CAROLINA CORONADO

Paço d'Arcos, 1.º de enero de 1884

GAYARRE EN PARIS

La prensa parisiense y en particular la dedicada á la crítica teatral se ocupa estos dias del debut del célebre tenor español en el Teatro Italiano, dedicándole frases tan entusiastas, elogios tan lisonjeros, que fácilmente podrian considerarlos como hiperbólicos cuantas personas no han tenido todavía el placer de oírle. Y en efecto, Gayarre, lo mismo en París que en cuantas capitales se ha presentado, ha correspondido con creces á la fama de que iba precedido; se ha apoderado del ánimo del público desde las primeras notas y arrancado frenéticos aplausos áun á los que con más prevención acudían á escucharle.

Prolija tarea seria la de trasladar á nuestras columnas los juicios emitidos por los diferentes críticos parisienses, por más que todos ellos estén unánimes en encomiar el mérito de nuestro distinguido compatriota; razon por la cual preferimos reproducir el artículo que en el *Figaro* le dedica uno de los más competentes y en el cual se ocupa de Gayarre no sólo como aventajado artista, sino como distinguido caballero y excelente hijo.

Hacia mucho tiempo, dice el *Figaro*, que se aguardaba el debut del célebre cantante, de quien se habian ocupado mil veces con elogio los periódicos extranjeros. Mucho tiempo hacia que, siempre que se hablaba de cualquier tenor cuya voz extasiaba al público, habia álguien que exclamaba: «Todo eso es nada en comparacion de Gayarre.

¡Ah, si oyerais á Gayarre! El que no le haya oído, no ha oído nada!»

El mundo entero, tanto el antiguo como el nuevo, conocia al célebre tenor; el mundo entero le habia aplaudido y festejado; únicamente París no habia tenido aún ocasion de apreciar su talento. Hubo un momento en que alimentó esta esperanza: cuando M. Vaucorbeil se encargó de la direccion de la Opera: dícese que Ambrosio Thomas exigió entónces que se ajustase á Gayarre para crear el papel de Paolo en su *Francisca de Rimini*. Mediaron efectivamente tratos entre el artista y la nueva direccion, pero no se pudo llegar á un acuerdo, y Gayarre se nos escapó una vez más. Para mitigar la amargura de esta decepcion, algunos *diletanti* furibundos hicieron adrede un viaje á Madrid donde el gran tenor descollaba en primer término. Por fin, lo que no pudo hacer la Opera, lo han hecho los Sres. Maurel y Corti, empresarios del Teatro Italiano. La brillante revelacion del artista de quien todo París se hará lenguas mañana, y á quien todo París querrá ir á aplaudir, figurará, juntamente con la representacion de *Herodias*, en el activo de la direccion italiana, y si los abonados se quejan todavía, bien puede decirse que son muy difíciles de contentar.

Gayarre tiene tres papeles favoritos en los cuales brilla con más vivo fulgor que en los otros; Fernando de *La Favorita*; Vasco de Gama de *La Africana* y *Lohengrin*. Por desgracia, las dos primeras partituras sólo pueden cantarse en nuestra Academia Nacional de música, y por el momento es imposible presentar la última con el aparato que requiere en el teatro de la plaza del Chatelet. Por esto ha habido que contentarse con *Lucrezia*.

La salida de Genaro, en el primer acto, ha producido en el público uno de esos grandes movimientos que sólo se observan en las grandes circunstancias. Por seguro que estuviera Gayarre de sí mismo, por acostumbrado que esté á los triunfos, tenia casi tanto miedo como un simple debutante. Desde la noche en que, desconocido, pobre, debutó con el *Elisire d'amore* en el teatro de Varese, jamás se habia sentido poseído de una emocion tan grande. ¡Parece tan temible este público parisiense que en pocas horas sanciona ó deshace las famas mejor sentadas!... Pero Gayarre se ha apoderado de él casi en el acto. Su primer traje, cuyo figurin hizo que le dibujase Eugenio Lacoste, expofeso para este debut, ha gustado mucho, así como la fisonomía franca y simpática del artista.

Julian Gayarre tendrá unos treinta y cinco años; es de regular estatura, moreno, de mirada expresiva, boca sonriente y aire muy español. Asegúrase que es sencillo, modesto, instruido; que habla muy bien una porcion de lenguas, y que no tiene esos caprichos, exigencias y excentricidades que tan frecuentes son en los tenores afanosos de notoriedad. Es casi francés, pues ha nacido en la frontera pirenaica, en el valle del Roncal (España). Su padre, honrado Labrador, le crió como «un señor». No economizó nada para darle una buena educacion; así es que Gayarre ha conservado grato y profundo recuerdo de sus primeros años, al cual ha dado cuerpo mandando reconstruir, tan luégo como tuvo medios para ello, la casita paterna que iba arruinándose. En esta casita pasa todavía hoy el distinguido cantor sus más agradables momentos, habiendo reunido en ella una hermosa coleccion de libros y objetos de arte. Su padre, que murió hace cuatro años, no ha querido dejar nunca esa casa que el hijo ha embellecido poco á poco y la que ha convertido al fin en un pequeño museo. El anciano se mantuvo toda su vida fiel á las tradiciones de su juventud: hasta el fin ha llevado su traje de campesino, compuesto de calzon corto, chaqueton y boina; vestido con este traje fué una noche á oír á su hijo cuando cantaba la *Africana* en el Teatro Real de Madrid.

He dicho que uno de los papeles que mejor canta Gayarre es el de Vasco de Gama. Aquella era la primera vez que el padre veía á su hijo en el teatro; así es que, tan luégo como terminó la representacion, corrió éste en busca del anciano, que á la sazón tenia ochenta años, y, más satisfecho que nunca de los aplausos que habia obtenido, le preguntó:

—¿Qué tal? ¿Se ha divertido V.?

—Sí.

—¿Y qué es lo que más le ha gustado?

—¡Esas jóvenes que llevan las faldas tan cortas!

Ni siquiera se le ocurrió al buen viejo hacer mérito del triunfo del hijo querido: al excelente hombre le habia deslumbrado, fascinado el baile del cuarto acto: el tenor habia sido eclipsado por las bailarinas.

Entre los objetos de arte que adornan su casa del valle del Roncal, el que primero enseña Gayarre es un soberbio álbum en que los principales cantantes del universo han trazado un croquis ó estampado un autógrafo. Forma tambien parte de esta coleccion una pluma de oro y perlas finas que se le envió hace algun tiempo en circunstancias bastante lisonjeras para él. Habíase dicho que Gayarre renunciaba á cantar en Madrid; al punto redactó el Sr. Castelar un verdadero mensaje que firmaron los personajes más importantes de la corte, y se lo envió al tenor juntamente con la susodicha pluma rogándole que se sirviera de ella para firmar el nuevo contrato.

Un detalle para concluir.

Gayarre es el único tenor que puede sostener una nota filada por espacio de veintisiete segundos. Cuando se le dijo así á Mario, éste no quiso creerlo.

—¡Es imposible! exclamó. ¡Veintisiete segundos!

—Fácil es convencerse de ello.

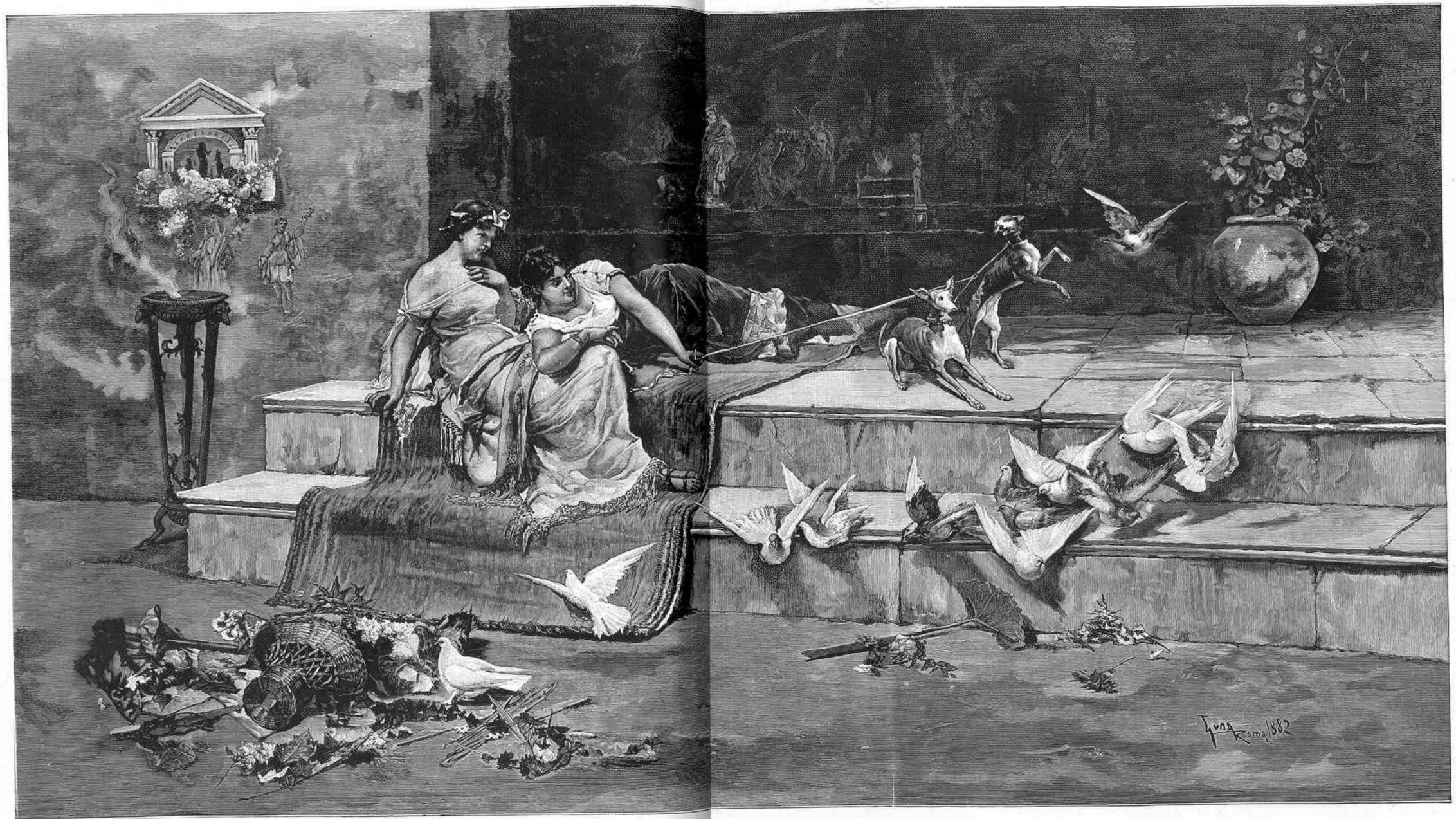
—¿Dónde está ahora Gayarre?

—En San Carlo.

—Pues voy allá.



ALEJANDRO DUMAS (padre)



MUJERES ROMANAS, CUADRO POR LUNA



ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Y Mario hizo expreso el viaje desde Nápoles en compañía de un tenor suyo.

Muy en breve circuló la noticia de esta llegada y su causa. La noche de la representación, y en el momento de emitir Gayarre la nota filada, todos los cronómetros salieron de los bolsillos. El tenor español, por pura coquetería, sostuvo aquella noche la nota veintiocho segundos. Más que si hubiese dado el do de pecho.

En la partitura de *Lucrezia* no cabe ninguna nota filada de veinte segundos; pero el público parisiense no se paga de los *tours de force*; ha aplaudido todas las notas de Gayarre, y cuando éste hubo cantado la romanza de *Don Sebastiano*, que intercaló en el tercer acto de la ópera de Donizetti, la ovación que hizo al asombroso cantor ha sido la más entusiasta de cuantas he presenciado. Hasta se ha tenido la crueldad de pedir la repetición de la romanza, y Gayarre estaba tan satisfecho de su triunfo que la ha repetido sin mostrar cansancio alguno.

El día en que Gayarre cante el *Faust* en la Grande Opera se contarán las representaciones por llenos.

REMEDIOS

(Episodio del año 9)

I

Por más que hago, no me puedo acordar del nombre del pueblo; pero lo que sí recuerdo perfectamente, es que estaba á la izquierda de la carretera de Extremadura, que sólo había tardado tres días en llegar á él desde Madrid, y que tenía unas casas muy bajas, por encima de las que sobresalía una torre muy alta, como se destacaría un gigante que tuviese congregados en torno suyo una colección de enanos entretenidos en escuchar su voz. En el momento en que empieza mi cuento, lo que imitaba perfectamente la voz del gigante era la campana de la torre, que con su voltear incesante arrancaba unos gemidos cascados y dolorosos, como si pidiera favor y auxilio en un grave aprieto.

Los enanos, esto es, las casas, abrian llenas de terror las bocas de sus ventanas, y por entre sus descarnadas encías asomaba de cuando en cuando una cabeza soñolienta y asustada, que, dirigiéndose á los vecinos, muchos de los cuales ya se habían lanzado á la calle á pesar de faltar más de dos horas para amanecer, preguntaba:

—¿Qué sucede?

A lo cual los de abajo contestaban, unas veces con ira, otras con miedo y siempre con disgusto:

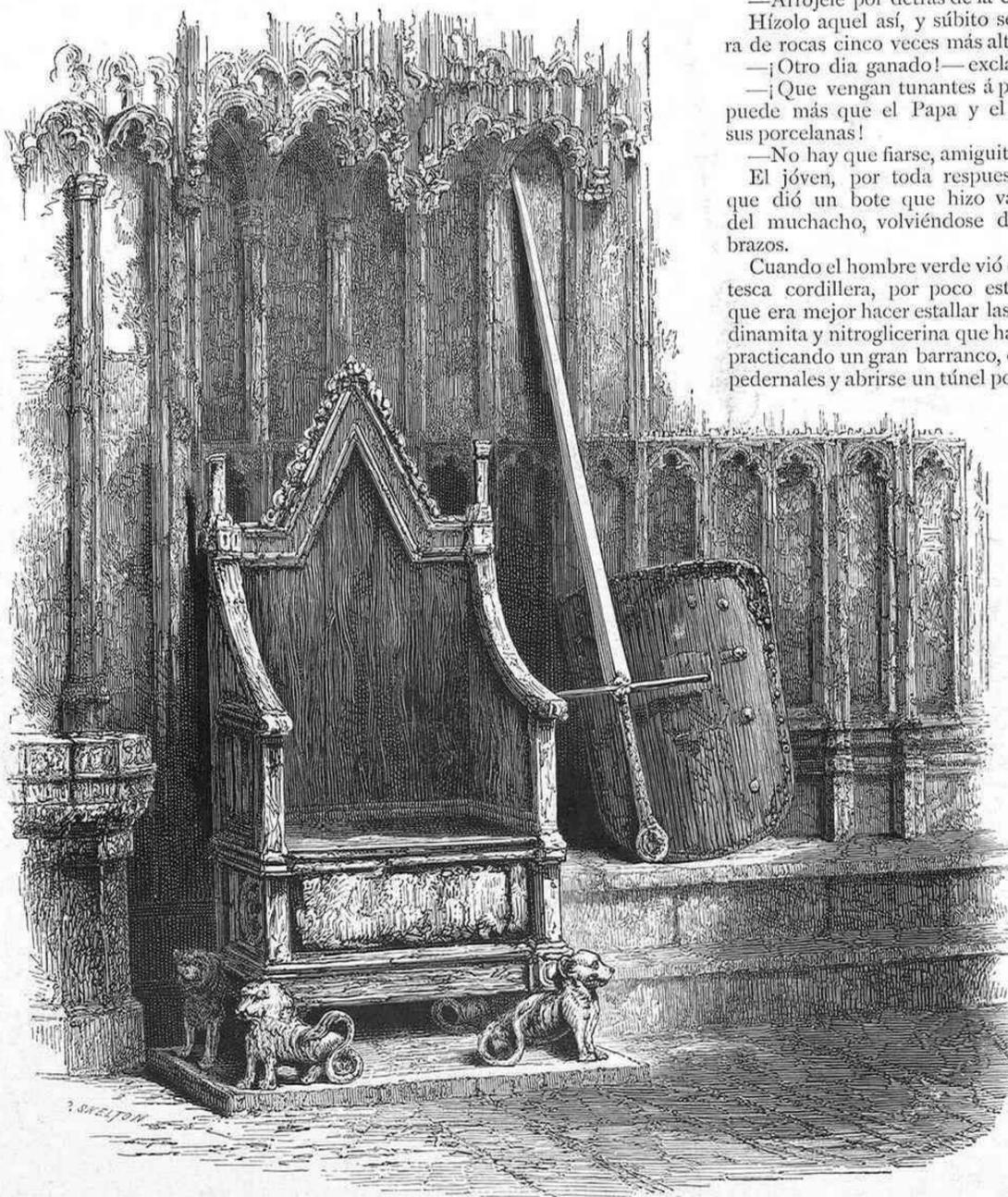
—¡Que ya están ahí!

Yo estaba acurrucado en un rincón de la sala alta de una de aquellas casas; no comprendía nada de lo que sucedía y, sin embargo, temblaba y no acertaba á moverme. Mi cabecita rubia, porque es bueno que sepan Vds. que entónces, merced á los 8 años escasos que contaba, tenía la cabeza como la de esos alados querubines que hay pintados en los retablos, se escondía con una tenacidad abrumadora entre los pliegues de la manta que me servía de cobertor y de sábana al mismo tiempo. Me parecía que mi propia respiración estaba confabulada con aquellos misteriosos seres que, según decían los vecinos, estaban allí ya, y por temor de ser descubierto ni á respirar me atrevía.

Enfrente de mí había una ventana, pero la escasa claridad de las estrellas llegaba hasta el improvisado lecho en que mi pequeño cuerpo buscaba en vano el reposo interceptado por dos cuerpos opacos. Aquellos dos cuerpos eran los de Remedios mi prima y Andrés su novio, que cuchicheaban echados de bruces en el alféizar.

Antes de pasar adelante, bueno será que diga cuatro palabras sobre los dos personajes que van á tener una parte muy principal en esta historia.

Remedios, la hija de mi tía Nicolasa, contaría á la sazón diez y ocho abriles. Era alta y de complexión robusta, pero sin perder por eso nada de su esbeltez. Su talle, que se dibujaba perfectamente entre los escasos pliegues de su vestido de alepín, aparecía airoso y cimbrador como una palmera, á pesar de que la moda de aquel tiempo le condenaba á buscar su ficticio nivel en el nacimiento inferior de su seno redondo y bien modelado, aunque un tanto exuberante. Su cara fresca y redonda como las cerezas que con tanta abundancia se cogían en su huerto, estaba adornada de dos magníficos ojos negros que sombreaban por arriba dos cejas arqueadas y valientes como



Silla de la coronación, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

una ojiva gótica, y por debajo dos semicírculos ligeramente violados que daban no sé qué de pensador y sombrío á todo su semblante. Una nariz un tanto aguileña, una boca de labios más bien gruesos que delgados, y una barba que partía en dos un hoyito que parecía sepultura de corazones, hacían que Remedios fuera tenida en el pueblo por la moza más garrida y apuesta de diez leguas á la redonda.

Y la verdad es que aquel aserto hubiera sido completamente verdadero, y aún capaz de extenderse á algunas leguas más, si algo de avasallador y altivo no hubiera dado á su fisonomía un carácter duro y repulsivo que estaba á punto de destruir todos los encantos que la naturaleza había prodigado en una de sus más hermosas criaturas.

Andrés, por el contrario, era un mocetón alto como un castillo, robusto como un campesino alemán y duro como un roble. Sus facciones eran correctas, su cuerpo derecho y bien formado, por lo cual podía muy bien ser tenido por un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Sin embargo, como en todo lo humano cabe el defecto, y nada sino lo divino alcanza la absoluta perfección, así como en Remedios era la dureza su sombra, en Andrés la llegaba á constituir una blandura tal que hacía comprender desde la primera mirada que aquel hombre de nada por sí solo sería capaz, y que, como la cera, estaba pronto á modelar cuanto de bueno ó malo se quisiera imprimir en su dócil pasta.

Como he dicho ya, Andrés y Remedios, echados de pechos en el alféizar de la ventana, hablaban en voz lo suficientemente baja para que nadie que pasara por la calle pudiera oír lo que decían, pero no tanto que no llegaran hasta mí clara y distintamente sus palabras. Verdad es que mi edad y el sueño que, sin el incidente de los recién venidos, hubiera sin duda embarazado mis infantiles sentidos, hacían olvidar mi presencia allí.

Pero como de todas mis facultades sólo me quedaba el oído, que el miedo aguzaba más y más, casi puedo decir que contra mi voluntad escuché sin perder una sola sílaba el siguiente diálogo:

(Continuará)

EL HOMBRE VERDE

(Conclusion)

—¡No lo permita Dios!—gritó la encantadora con acento conmovido—es preciso detenerlos: busque V. en la oreja izquierda de la yegua, puede que haya algo.

—Esto,—dijo el joven, presentándole un guijarrillo con tres picos.

—Arrójele por detrás de la espalda.

Hízolo aquel así, y súbito se elevó detrás de ellos una cordillera de rocas cinco veces más alta que el Pirineo.

—¡Otro día ganado!—exclamó Lindalina con expansion.

—¡Que vengan tunantes á perseguirnos!—dijo Currito—¡si V. puede más que el Papa y el emperador de la China con todas sus porcelanas!

—No hay que fiarse, amiguito; sigamos corriendo.

El joven, por toda respuesta volvió á espolear á la yegua, que dió un bote que hizo vacilar á Lindalina; pero el pícaro del muchacho, volviéndose de medio lado, la sostuvo con sus brazos.

Cuando el hombre verde vió delante de sus narices aquella gigantesca cordillera, por poco estalla de cólera, pero reflexionando que era mejor hacer estallar las rocas, mandó traer toda la pólvora, dinamita y nitroglicerina que había en veinte leguas en contorno; y practicando un gran barranco, consiguió volar una gran parte de los pedernales y abrirse un túnel por donde se lanzó á rienda suelta, seguido de sus satélites. Confiaba en alcanzar á los fugitivos, porque había tomado caballos de refresco, y supuso, con razón, que la yegua de aquellos debería estar á punto de reventar.

IX

Su cálculo no salió fallido. A las treinta horas, á favor de un antejo, vió á lo lejos la joven pareja.

—¡Cincuenta mil perros chicos—exclamó—al que los traiga vivos ó muertos; pero vivos será mejor!

Esta colosal promesa centuplicó el ardor de los tunantes que le acompañaban: todas las espuelas estaban rojas, todos los caballos cubiertos de espuma.

Entre tanto, Currito y su compañera, algo descuidados, departían de cosas agradables. Atravesaban por un país tapizado de blanda hierba, y como el astuto del hombre verde había encargado á los suyos el mayor silencio, al salir de un recodo del camino los perseguidores se encontraron muy cerca de los fugitivos.

Currito y Lindalina lanzaron una exclamación á dúo.

—¡Pronto!—dijo ésta—á ver si queda algo en las orejas de la yegua.

—Una gota de agua verde.

—¡Tírela usted hácia atrás.

Ya era tiempo, porque un sayon muy mal encarado, destacándose del grupo de los perseguidores, había conseguido agarrar por la cola á la yegua, pero ésta le dió una coz mayúscula, al propio tiempo que la hermosa le arrojó un chapín á la cara.

El hombre cayó al suelo y ¡cosa maravillosa! el verde tapiz del campo se liquidó en un instante, formando un mar de agua verdosa tirando á negro, que parecía pez.

Entónces Lindalina, viendo que la yegua no podía más y que por el pronto estaban en salvo, mandó á Currito detenerse.

Ciego de rabia el hombre verde, hincó el acicate á su caballo, y se entró por el agua de su color.

Al ver esta acción, los fugitivos quisieron emprender de nuevo su camino; pero en balde: por más que el joven espoleaba á la yegua, ésta no se movía.

Entre tanto el castellano seguía avanzando, aunque con mucho trabajo.

Currito se desesperaba; Lindalina rompió á llorar: volvió aquel á espolear al animal, pero inútilmente.

—Huyamos á pié—dijo tratando de desmontarse, pero ¡oh asombro! no pudo; estaba clavado á los arzones.

Y el hombre verde avanzaba siempre, ya estaba muy cerca de la orilla. Llevaba un brazo levantado haciendo á los pobres muchachos signos amenazadores.

—Váyase V. sola—dijo Currito á su compañera—y rece un Padre nuestro y una Ave María por mí.

—¡Pero si no puedo moverme!

—Entónces, cerremos los ojos y á morir.

El hombre verde estaba ya tan cerca que oyó estas palabras. Lanzó una infernal carcajada, dió repetidos espoleos á su caballo que nadaba, y ya iba éste á poner el casco en la ribera, cuando ¿qué dirán Vds. que sucedió?

¡La cosa más rara, más inaudita y más providencial que ha podido imaginarse!

Una cabeza de perro surgió de entre aquella agua verde y glutinosa; una cabeza de perro, que abriendo la boca, asíó al hombre verde por el pantalón moruno que llevaba puesto: y tirando tirando, le sepultó en el abismo de aquel mar.

Al ver desaparecer á su señor, los pícaros que le seguían huyeron á la desbandada.

Currito y Lindalina estaban estupefactos. Quisieron hacer andar á la yegua, pero el animal continuaba inmóvil y ellos clavados á la silla.

—Quizá nos hallemos sometidos á un encanto,—dijo

vista se deleita contemplando su singular ligereza y la primorosa gala del arte ojival en su último período, mal llamado por algunos, decadente. No es posible llevar la fantasía á más alto grado de idealismo, pareciéndonos al situarnos en este lugar del templo, que no hombres, sino celestiales espíritus, han podido levantar con la inerte piedra aquel conjunto, delirio inmortal del genio. Al poderoso aliento de una inspiración casi divina, débese ciertamente; y en vano sería que de otro modo tratásemos de explicarnos el efecto que producen en el alma las sublimes concepciones del arte. Más sobriedad y sencillez de adornos se observa en las partes restantes del templo: su gigantesca nave sólo ofrece en los muros laterales y bajo los enormes arcos apuntados de las bóvedas cuatro grandes ventanas ojivales de ajimez, en cuyo tercio inferior se ostentan sujetos á los parteluces los escudos de los reyes, timbrados con coronas y águilas y á los lados el yugo y haces de flechas. Separa la zona alta de la baja una elegante crestería trebolada que llega hasta el antepecho del coro alto. Consérvanse en algunas de las referidas ventanas fragmentos de las polícromas vidrieras que marcan ostensiblemente el estilo del Renacimiento, cuyos brillantes destellos habían de hacer olvidar las tradiciones alemanas, tan en boga por espacio de tres siglos.

Las sombras del crepúsculo iban poco á poco envolviendo al edificio. Los batientes de arcos y pilares aparecían más marcados y los últimos rayos del sol que al atravesar los vidrios de colores iluminaban fantásticamente los rostros de las estatuas, á veces azules y otras verdes ó rojos, al irse retirando, concluyeron por bordar con vivísimos contornos de fuego, las horjarascas de las repisas, las tracerías de los antepechos, hasta extinguirse por último en las coronas de los santos ó en los capuces de los religiosos.

Una vez fuera ya del sagrado recinto, púseme á contemplar su ábside que flanquean elegantísimos contrafuertes, formados por haces de baquetillas; sus molduras superiores sirven de base á las estatuas de los heraldos con blasonadas dalmáticas, sobre cuyas cabezas se levantan airoas marquesinas adornadas de floroncillos. En las partes de muros que hay entre dichos contrafuertes y dentro de los espacios que dejan los arcos ornamentales de las zonas superior é inferior, existen todavía los grillos de hierro arrancados á los cautivos de Málaga por la benéfica mano de la gran Isabel una vez conquistada aquella ciudad. ¡Cuántos recuerdos evocan los enmohecidos hierros y de qué manera tan elocuente manifiestan la gratitud de los desgraciados al Dios de los ejércitos y á la ilustre soberana á quien debieron su redención!

Estas memorias históricas que hubieran debido ser



UN SOLDADO PER DIO, cuadro por Heraldo Friedrich

respetadas por cuantos se precian de españoles y aman sus glorias, han sido víctimas, no hace mucho, de incalificable atentado por parte de cierto jefe político, que estimó podrían reportar mayor utilidad siendo fundidas y convirtiéndolas en rejas. Vergüenza causa la sola enunciaci6n del hecho y dudáramos de él si no lo confirmasen así los historiadores de Toledo. Afortunadamente la *hasaña* no llegó á consumarse y todavía se conserva número considerable, bastante á perpetuar los triunfos de Málaga y el reconocimiento de tantos seres al ver trocadas las sombras de sus lóbregas prisiones por el sol esplendoroso de la libertad.

Desde la gran explanada en que se levanta San Juan de los Reyes, abárcase con la vista un conjunto tan vario, tan rico en pormenores, tan poético y al par tan grandioso, que apenas si puede la pluma dar una ligerísima idea de sus innumerables bellezas. Sirven, por decirlo así, como de pedestal, al coloso creado por Juan Guas altas ro-

ros ó en los quicios de las ventanas y puertas se ven crecer altísimas matas de jaramagos.

Por las impresiones experimentadas en tales momentos calificué de inolvidables las horas de aquella tarde pasadas en San Juan de los Reyes, y en efecto, jamás se borrará de mi memoria el cuadro que con ellas tan toscamente acabo de dibujar y que no obstante de conservarlas todas grabadas en lo íntimo del corazón, á pesar de que ahora mismo las siento con toda su viveza é intensidad, mi palabra y mi pluma se resisten á expresarlas: acaso sin yo darme cuenta, avara el alma de este tesoro, guárdalas en su oculto retiro, temerosa de verlas desaparecer al contacto del helado hálito del mundo material, anhelando vivir con ellas, sin que nada turbe su misteriosa posesión para que de este modo no pierdan el indefinible encanto que las rodea, esencia imperecedera de los recuerdos queridos.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON